



**Hugo Rodríguez-Alcalá**

△▽

## **Diálogo con un lector**

Suena el teléfono una tarde de abril, y al primer campanillazo contesto yo como si estuviera esperando la llamada:

-Hola...

-¿Hablo con el doctor X?

-El mismo. Servidor.

-Lo llamo -me dice una voz grave, bien timbrada- para felicitarlo por ese artículo o cuento que usted publicó el último domingo en el *Diario Noticias*.

-Muchas gracias -digo yo, razonablemente halagado. No es muy común el hecho de que aquí, en Asunción, alguien llame, por razones literarias, para felicitar a un escritor. Ni siquiera suelen llamar, por pura cortesía, los autores -poetas y prosistas- sobre los que se

publican elogiosas reseñas o artículos. En verdad, se diría que el autor paraguayo se creyera exento de ejercer la elemental cortesía de dar las gracias. ¡Qué diferentes suelen ser los escritores de otros países!

(Un amigo mío escritor que residió muchos años en París y cuya obra no pasó inadvertida en los círculos literarios de esa capital, me asegura que la que llamo yo extraña mentalidad se [198] explica como un resabio de nuestra tradición guaraní. -En lengua guaraní- me dice este amigo, no existe la palabra «gracias».)

Y ha de tener razón. Volviendo ahora a la amable llamada telefónica, prosigo con mi relato:

-¿Sabe usted? -me dice el desconocido con su voz grave y correcta dicción: -A mí me ha pasado algo casi tan insólito como lo que usted cuenta en su «Diálogo en el monte». Como el protagonista de su cuento, yo marchaba un día, hace más de cincuenta años, por un monte chaqueño. Y como su protagonista yo estaba, también, sediento.

-¿Dónde fue eso? -pregunto yo.

-En Boquerón. Yo no era oficial como su héroe innominado. Ni oficial ni soldado raso; pertenecía a lo que en jerga militar se llama «clases».

-¿Y adónde iba usted por el monte? -interrogo.

-Se lo diré. En mi pelotón necesitábamos agua urgentemente. (Y no sólo en mi pequeña unidad). Entonces tuve una idea: pedí a cuatro de mis camaradas que me dieran sus cantimploras vacías; yo me escurriría hacia nuestra retaguardia y volvería a la línea de fuego con cinco cantimploras llenas hasta el gollete. Así resolveríamos el problema de la sed.

-¿Llevaba usted un arma?

-No. Llevaba cinco cantimploras vacías. Era obvio que estaban vacías porque al andar por el bosque, yo hacía girar dos o tres en el [199] aire y estas vasijas de aluminio no mostraban ninguna... gravedad. ¿Era de mañana o de tarde? No lo recuerdo; pero lo mismo da. Lo cierto es que llegué yo a un claro del monte -tal cual como el protagonista de su cuento- y de pronto vi a unos ocho o diez metros a mi derecha, a un boliviano corpulento armado de un fusil ametrallador.

Estoy seguro de que el del fusil me vio; es más, yo oí el característico ruido del cerrojo -¿cerrojo?--; no recuerdo ahora el nombre del dispositivo que introduce un proyectil en la recámara del arma. Llamémosle así: cerrojo. ¿Recuerda usted que el personaje de su cuento oyó el clic de la automática al ser amartillada? Yo también oí el siniestro ruidito...

¿Qué hice entonces? Pues seguí avanzando en la misma dirección que llevaba aunque con el rabillo del ojo atisbaba angustiosamente la silueta de mi enemigo. Este, que segundos atrás estaba en cuclillas apoyando la espalda contra el tronco de un árbol más grande que los otros, se echó ahora en tierra y emplazó el arma sobre las dos varillas de acero que apoyan el cañón cuando se hace fuego. Y me apuntó con el tubo negro.

-¿Le dio a usted la voz de alto?

-No. El boliviano me vio desarmado, inerme hasta de un cuchillo de monte y no necesitaba hablarme; simplemente apretar el gatillo.

-¿No buscó usted un lugar donde esconderse, algún árbol grueso que lo protegiera?

-No había más que arbustos a mi paso en aquel bosque ralo. [200]

Yo, sin apuro, seguí mi camino esperando que de un momento a otro...

-¿Y no le disparó una ráfaga?

-Si me la hubiese disparado, yo no estaría hablando ahora con usted esta hermosa tarde de abril.

-Y ¿a qué atribuye usted la «cortesía» del boliviano? ¿Temía él llamar la atención de las tropas de nuestra línea, que estaban cerca?

-No, yo creo que no. Acaso tuviera él tanta sed como yo y esperara a que, llenas mis cinco cantimploras, volviese yo a pasar por el mismo sitio. Entonces, apuntándome con su arma, me arrancarían el mayor tesoro en aquel desierto. Entonces, sí, podría liquidarme.

-¿Y volvió usted a pasar por donde lo había visto?

-No, de ninguna manera. Orientándome por el fuego que hacían no lejos los de nuestra línea, volví a mi trinchera por otro camino.

-¿Con las cinco cantimploras llenas?

-No, no conseguí una gota de agua en retaguardia. Al regresar a mi punto de partida, di parte al comandante de mi batallón acerca del enemigo detrás de nuestras posiciones. Usted tuvo más suerte que yo: el enemigo que a usted le cerró el paso en el claro de su bosque, no sólo lo dejó libre sino que le dio de beber de su propia cantimplora. [201]

-Si yo fuera escritor -continúa mi nuevo amigo telefónico- yo escribiría unas memorias como las que usted escribe hoy.

-Usted habla muy bien -contesto- y si se pone a escribir sus recuerdos, podría hacer literatura de buena calidad.

Mi interlocutor no comentó mis últimas palabras. Se despidió de mí con finas frases de cortesía y yo quedé muy curioso de lo que este señor podría contarnos si se decidiera a escribir.

### Otro diálogo

La noche de aquel día de abril me acosté temprano, leí cinco cantos de la *Divina Comedia* según costumbre adquirida hacía ya algún tiempo, y apenas apagué la luz

cuando caí en profundo sueño. No habría dormido media hora, cuando sonó el teléfono, el que tengo junto a mi cama.

-¿Quién llamará a esta hora? ¿Será larga distancia? -me dije medio dormido todavía. No, no era de larga distancia la llamada; no era tampoco de un pariente o de un amigo. Era de un desconocido, de un veterano del Chaco.

-¿Está el doctor X? -pregunta una voz cascada.

-Soy yo. A sus órdenes.

-Permita que le cuente un episodio parecido al que usted cuenta en su cuento «Diálogo en el monte...».

-¡Ah! -pienso yo. ¡Otro encuentro en el bosque!

-Como usted en su cuento, yo tropecé de sopetón, en pleno [202] bosque, con un oficial enemigo que me encañonó con su automática. Yo, impulsivo, imprudente -yo boxeaba bien en aquel tiempo- me abalanzo sobre él, con un esguince, para tumbarlo de una trompada. Pero él, no menos ágil que yo, da un salto atrás...

La voz calló al otro extremo de la línea.

-¿Y? -pregunto yo, interesado ya.

-El oficial, viendo que yo llevaba la mano al revólver, apretó el gatillo. Yo oí bien el ruido del martillo al golpear sobre el fulminante.

-¿Y?-

-Pero no salió el tiro. Entonces él con gran velocidad hizo accionar con la mano izquierda el mecanismo de la pistola para sacar de la recámara el proyectil fallido e introducir otro.

Yo ya tenía la mano en el mango de mi revólver y ya lo sacaba de su funda. Él, que vio esto, apretó otra vez el gatillo. Yo ya lo tenía encañonado. Por segunda vez no salió el tiro.

-¡Basta! -le grité. ¡Tire esa porquería que no sirve para nada! No tenía él tiempo para desplazar el segundo proyectil fallido. Mi adversario tiró su pistola al suelo. En ese mismo instante oí ruido de muchos hombres que, detrás de donde estaba él, venían por el monte... Oí el estampido de muchos disparos, cerca. Y entonces...

Entonces los estampidos me despertaron.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

